

Advertencia del autor sobre las verdaderas motivaciones de este ensayo acerca de los maestros sastres artesanos y el arte de vestirse y las posibles confusiones que puede suscitar en el lector no avisado

Si supieras lo que desecho, admirarías lo que conservo.

PAUL VALÉRY

Salud,

La primera cuestión que suscitará un ensayo sobre los maestros sastres artesanos y la decadencia del arte de vestirse será, sin duda, la de su pertinencia. Para unos, la pasión por algo tan frívolo como la indumentaria, origen de este libelo aristocratizante supuestamente destinado a un público con recursos capaz de permitirse los servicios de un artesano de élite, revelará la quiebra intelectual de nuestro tiempo; para otros, se tratará de una nueva tentativa de salvación por el espíritu, la penúltima ocurrencia de un esteta nacido para enfrentar la decadencia de la civilización y rendir homenaje a un pasado esplendoroso donde el refinamiento y el gusto gobernaban sin rival.

Sin embargo, amable lector, en las páginas que siguen no hallará ni un elogio de lo que hoy pasa por lujo ni un melodrama sobre el naufragio civilizador. Vaya por delante que no oculto mi propósito de componer una alabanza de los maestros sastres, legatarios de un modo de creación manual enraizado en la labor concienzuda y el orgullo de producir objetos bellos, aprisionado entre los engranajes del progreso. Esta alabanza posee una doble vertiente: por un lado, constituye la celebración de un oficio caracterizado por un amplio repertorio de técnicas, útiles y términos que apenas ha sufrido modificaciones a lo largo de los siglos. Por otro lado, defiende la necesidad de restituir a los sastres su dignidad de artistas, lo que me dará pie a incursionar por los resbaladizos territorios del gusto y las bellas artes.

Gobernadora implacable de los asuntos humanos, la economía política no ha cesado en su afán de desembarazarse de los artesanos en su demencial carrera hacia la automatización. Ya en los albores del sistema industrial, armado con un racionalismo que calcula y cronometra, un enjambre de sociólogos, economistas y tecnólogos hincó sus colmillos en el trabajo con el fin de abreviar los plazos, acortar las operacio-

nes, reducir los costes e incrementar la productividad. Hoy apenas quedan indicios de la labor dichosa y la rutina elevadora del espíritu que se desplegaba en los talleres artesanos: en estos días de mano de obra desechable, la servidumbre del trabajo asalariado, corrupción del alma y del cuerpo, no ha perdido un ápice de su naturaleza opresora, punitiva e irracional.

Los maestros artesanos han sobrevivido a duras penas al oleaje de una industrialización que ha menguado dramáticamente sus efectivos, arrastrándolos hacia los márgenes del comercio suntuoso. Reemplazados en un primer momento por máquinas y barridos posteriormente por ordenadores y robots, pocos consideran los oficios artesanos procedimientos superiores de creación, y son menos aún quienes sospechan que el *pensamiento manual* tenga algo que decir sobre el funcionamiento del mundo.

A diferencia de la producción de morralla cuyo único objetivo es maximizar las ventas, rebajar la calidad no es una opción para un maestro sastre. Priorizar el precio en detrimento de la calidad infringe todos y cada uno de sus mandamientos, ya que la única garantía contra la ruina de su reputación es confeccionar prendas de factura irreprochable. Si por un afortunado azar pasa frente a un taller y ve a un sastre, o una sastra, aguja en mano curvado sobre una chaqueta, no dude en saludarle y solicitar su opinión acerca del oficio: con toda seguridad le dirá que ama lo que hace. Sin embargo, ese orgullo profesional que demanda un enorme dispendio de tiempo y grandes dosis de paciencia solo se contenta con prendas durables, lo que convierte su oficio en una actividad perfectamente antieconómica.

Y si el maestro está condenado a la excelencia, su interlocutor, el cliente, es mucho más que un simple consumidor. Su papel no se reduce a pagar el precio estipulado por un artículo del que lo ignora todo. Quien se pone en manos de un sastre establece con él una complicidad que se revelará crucial en el resultado. Después de todo, se trata de una relación entre dos seres humanos que trabajan codo a codo en pos de un objetivo común, inalcanzable sin un conocimiento mutuo. Ese placer derivado del trabajo creativo está completamente ausente en la operación de intercambiar mercancías por dinero.

Hay más de una razón para que el virtuosismo de los maestros sastres no esté en boga. La falta de apreciadores, su natural deslizamiento hacia el consumo conspicuo y unos precios diabólicos no lo han hecho muy popular. Pese a todo, nadie que haya sido testigo del proceso de elaboración de una prenda artesanal puede afirmar que el trabajo de un maestro no cuesta lo que vale. Lo verdaderamente escandaloso es el despilfarro fomentado por una industria textil que vomita prendas inconsistentes y efímeras, con frecuencia realizadas por mano de obra precaria, infantil y esclava.

Este tiempo de quincallería en serie estaba destinado a desdeñar la minuciosidad y el rigor artesanos. La globalización de la ramplonería y la generalizada querencia por productos fraudulentos han creado una cortina de humo que encubre el bochornoso

modus operandi de nuestra cultura. Al privilegiar el *cuánto* en perjuicio del *cómo*, la dignidad del trabajo artesanal pasa totalmente desapercibida para un público indiferente al aura que desprenden sus creaciones. Cegados por nuestro potencial tecnológico para alterar los procesos de la naturaleza, no vemos en las habilidades artesanas más que rescoldos de sociedades atrasadas. Los galones concedidos por el tiempo a los conocedores del secreto de lo bien hecho se han vuelto completamente irrelevantes para consumidores a quienes la moda y una crisis endémica han educado los bolsillos, pero también la sensibilidad. Tampoco sus méritos han llegado a oídos de aquellos que podrían hacer frente a unos precios inaccesibles para el gran público.

Sé bien que lo artesanal remite a un mundo que languidece, a un universo con los días contados; pero esta constatación no me obliga a transigir con el signo de los tiempos y aceptar las fantasías de un futuro posthumano donde los algoritmos se encargarán de todo. La lógica del lucro, enemiga de la actividad lenta y afanosa de los artesanos, ha atribuido a los cada vez más escasos sastres el papel de proveedores de un segmento marginal con el criterio y los medios necesarios para acudir a sus talleres. Así pues, apelar a un oficio en recesión permanente sobre el que pesa una imagen de enclave ostentoso, engolado y algo extravagante para poner al desnudo esta civilización de la máquina no parece, en principio, muy juicioso. Sin embargo, como intentaré demostrar, más que un desahogo nostálgico, el estudio de la sastrería y del arte de vestirse constituye una excelente palanca para remover los cimientos de nuestro mundo y echar un vistazo a sus raíces.



Estrechamente relacionado con lo anterior, el segundo propósito de este ensayo es poner de relieve la condición de *artifex* de los maestros sastres; una singular amalgama de artesano y artista que en los días que corren es contemplada con extrañeza. Hoy ya no se confunden el artista y el artesano, y cualquier diletante autoproclamado *creador* disfruta de mayor reconocimiento que un artesano, sin que sus méritos y talentos sean en absoluto comparables.

No obstante, es esta doble condición la que permite a los maestros sastres crear prendas hermosas a la par que útiles, integradas por derecho propio en el dominio de las bellas artes decorativas. Vista como ala auxiliar del bricolaje y apenas merecedora de un murmullo para los críticos del gran arte, la sastrería cuenta además con la inestimable virtud de dar acceso a un amplio abanico de temas aparentemente inconexos que van desde la *politesse* y la urbanidad hasta la economía política, pasando por la República de las Letras y los códigos clásicos de vestimenta masculina.

Es muy posible, amigo lector, que la combinación de todos estos campos despierte su perplejidad; y sin duda su pasmo aumentará cuando descubra que he decidido

poner en danza a uno de los principales resortes del consumo inducido: la moda. «¿La moda? —objeterá—. ¿Cómo se le ocurre hablar de algo tan insustancial? ¿Le parece un asunto que merezca nuestra atención?». La respuesta es: sí, y además de pertinente lo considero decisivo, puesto que la moda constituye uno de los principales motores de la incesante transfiguración del mundo, por no mencionar su enorme influencia en las mentalidades, el devenir de los oficios, las fluctuaciones del gusto y las vicisitudes económicas.

Fiel compañera del despegue industrial del sector textil, la moda ha estimulado pesadillas de consumo y reforzado una organización del trabajo gobernada con mano de hierro por gigantes corporativos que continúan sirviéndose de la mano de obra infantil y esclava que el progreso prometió erradicar hace más de dos siglos. Lubricante del capital y ejemplar instigadora de gustos inestables y narcisismos desatados, la moda ha puesto al alcance de todos los bolsillos un abigarrado muestrario de *lifestyles* que alimenta la ilusión de ser originales sin necesidad de pagar el peaje del autoconocimiento. Enfundarse un estilo a medida mediante la adopción de personalidades de quita y pon no solo ha moldeado los comportamientos, los hábitos y las preferencias de los individuos: también ha tenido mucho que decir tanto en la selección de la clientela de la sastrería como en su titubeante porvenir.

Llegados a este punto, tal vez piense que mi intención es colar de rondón la sastrería como *locus amœnus*: esos dominios desconectados de la realidad y ajenos al tiempo que los clásicos destinaban al deleite sensorial. Argüirá, quizás, que el territorio de la estética se aparta de las cosas trascendentes de la vida, de los problemas cotidianos, de las inquietudes de la gente humilde. Sostengo, empero, que lo cierto es lo contrario.

Mas allá de las apariencias, la moda y las costumbres despiden un resplandor que alumbra la totalidad de la cuestión social. Esa luz sobre aspectos aparentemente triviales o accesorios no pasó desapercibida para temperamentos sensibles como William Morris. En una de sus conferencias, declaró que no veía motivos para excusarse por reflexionar sobre algo tan prosaico como la culinaria. El prerrafaelita sabía perfectamente que comer y beber constituyen mucho más que funciones primarias: remiten al placer de la mesa, a la ceremonia, al cuidado de la presentación, al ofrecimiento desinteresado, a la alegría de compartir. En relación con la indumentaria, Morris afirmó que en sus días se estaba tan lejos de vestir decentemente que resultaba difícil emitir una mínima protesta al respecto: «Ustedes podrán pensar de mí lo peor por haber tocado el tema», declaró. No le reprocharé, juicioso lector, que piense lo mismo del autor este ensayo.

Subestimar la función estética y la importancia del vínculo con los objetos de la vida cotidiana es un hábito nefasto que impide calibrar en su justa medida los efectos benéficos que las cosas bellas ejercen sobre el espíritu y la convivencia. Y, *a contrario*, tampoco hemos deplorado lo suficiente las erupciones que el feísmo provoca en el

alma. Nada resulta más pernicioso que descargar a los objetos de su simbolismo estético, una operación ruinosa que nos empobrece sentimental y sensorialmente. No fue gracias al azar, sino a una venturosa disposición espiritual, que los atenienses del período clásico inventaron la filosofía, la política y la historia, transmitiendo a los siglos venideros, en apenas unas décadas, un esplendoroso legado de obras maestras. Con su ejemplo, aquellos griegos desmintieron de una vez y para siempre esa tozuda superstición según la cual solo allí donde reina la abundancia material puede florecer la belleza.

En definitiva, la cuestión central de lo que aquí se aborda podría resumirse de la siguiente manera: la búsqueda de lo estéticamente agradable, la aspiración a lo sublime, el sentido de la forma, el conocimiento de las leyes del color, el cuidado del diseño, la forja de la sensibilidad, la perspicacia para discriminar los productos de calidad de los vergonzosos, la pasión por el detalle, el gozo de vestirse, ¿constituyen manifestaciones degradadas de la vida interior, o aspectos secundarios de la existencia? Si la respuesta a estas cuestiones es afirmativa, todos mis argumentos se vendrán abajo, por lo que replegaré las velas de mi crítica y asumiré la irrelevancia de esta obra. Por el contrario, si se consideran elementos superiores del espíritu y, por elevación, del arte de vivir, la pertinencia de esta discusión se revelará evidente de inmediato.



Lector: no espere encontrar aquí la menor complacencia con el signo de nuestro tiempo. Por el contrario, la ponderación de los maestros sastres me dará pie a perfilar una severa crítica de esta civilización de la máquina que con mucho gusto me hubiese ahorrado si no creyera tener motivos más que sobrados para ello. Pero permítame ahora una pequeña contradicción. Aunque más arriba señalé que *De re vestiaria* es ante todo una *recordatio*, he de admitir que también encierra una *lamentatio*: recordatorio de ese tesoro cultural común que ha atravesado los siglos distribuyendo sus saludables frutos; y lamento por todos los usos y saberes que se nos han ido deslizando de las alforjas a cada nuevo galope del progreso. No lamento lo que se transforma, lo que evoluciona, sino lo que se corrompe, lo que desaparece.

La ilusión de una existencia vibrante, indiferente a la muerte, al dolor y al esfuerzo, y la ambición de un mundo de comodidades materiales al alcance de un botón han reforzado nuestra candidez sobre la esencia liberadora de la tecnología. Todo se arregla llamando a un tecnólogo, que suele venir de la mano de un burócrata. Pero rendir vasallaje a la máquina no nos libraré de enfrentarnos, antes o después, a los límites de nuestra humana condición. Y en el umbral de ese momento decisivo, únicamente contaremos con la experiencia, una experiencia en harapos cuyos jirones cuelgan de todas las máquinas a las que les hemos confiado los conocimientos y las prácticas que

la humanidad había atesorado a lo largo del tiempo. Por desgracia, a la hora de encarar el misterio de la vida sólo dispondremos en el zurrón de los cada vez más evanescentes rastros de las tradiciones heredadas de quienes nos precedieron.

Hace mucho, un sabio llamado Diderot escribió que los artesanos habían llegado a creerse despreciables porque se les había despreciado; él fue uno de los pocos que se percató de la urgencia de conminarles a tener mejor opinión de sí mismos, un cometido ante el que los siglos posteriores hicieron oídos sordos. Permanentemente amenazados por la guadaña del progreso, los viejos oficios que nos muestran las virtudes del trabajo digno y placentero penden hoy de un hilo. Pero no es un hilo cualquiera, sino el más resistente de todos: el hilo de la tradición.



Esta defensa y celebración de los maestros sastres artesanos y del arte de vestirse es fruto de la fusión, revisión y ampliación de algunos artículos dispersos publicados en *Amberes*, *Revista Cultural* y *El Cuaderno*. Aunque se organiza sobre un eje central que proporciona unidad, la autonomía de cada capítulo permite una lectura independiente.

En el Libro I, me detengo en los que he denominado «Enemigos de la aguja», factores decisivos en el declive de los maestros sastres, esto es, la consolidación del sistema industrial, la moda, la decadencia de la elegancia artesanal y el triunfo del harapo. En el Libro II defiendo la indisociable condición de artista y artesano de los maestros sastres; por fin, en el Libro III, además de esbozar algunas claves del arte de vestirse, abogo por una impostergable refundación de la sociedad sobre las bases del *lujo comunal*; un lujo que apuesta por la autogestión, la fraternidad, la pedagogía del gusto y el arte de apreciar.

Este ensayo debe mucho a las apasionadas conversaciones sobre los artesanos mantenidas con Carmen Prieto y Alex Zapico, mis compañeros en un proyecto fotográfico sobre los maestros sastres. También dejo constancia de mi gran deuda con los maestros a los que he tenido la fortuna de escuchar a lo largo de los últimos años. En todos ellos, en Miguel, en Joaquín, en Javier, en Ángel, en Dalmacio, en Vicente, en Bernabé, en Lucía, en Etel, en Agustín, en Murias, en Amador, he encontrado la misma pasión por su oficio. Quiero dar las gracias de manera especial a Plácido Iglesias, padre e hijo, y a María del Mar, por haberme franqueado tan amablemente las puertas de su sastrería. Y no me olvido de mi amigo Pedro Solís, de Pañerías Aramo, heroico resistente de un comercio virtualmente extinto.

A Álvaro Díaz Huici y Pablo Batalla, mi agradecimiento por su afecto y confianza.

Walter Benjamin dejó escrito que la maestría de un artesano que posee su taller junto a su habitación no se plasma nunca en solitario, sino en el propio espacio de



Ignacio y Aurelio Campal, maestros sastres artesanos. Foto: Alex Zapico

convivencia familiar. Este libro es para mis queridos maestros, Lelo e Ignacio Campal, pero también para Vidalina, Mayra y José Ignacio, pilares de su espacio de convivencia. De no ser por ellos, jamás habría escrito esta obra. Quisiera que supieran lo mucho que su amistad ha iluminado mi vida.

Un apunte final sobre el estilo del libro. Después de meditarlo con calma, me he inclinado por utilizar un tono medio entre el escrito de combate y el formato académico, lo que me ha permitido, espero, valirme de las armas de la polémica sin menoscabo del rigor. He tratado de dotarlo de la fluidez propia del ensayo, desvelando mis fuentes bibliográficas en un aparato de notas que da cuenta de los autores que he merodeado. De su valía, únicamente su criterio, lector, será juez absoluto. Por mi parte, solo puedo decir que lo he escrito con pasión y lo mejor que he sabido. Llevaba razón Edmond de Goncourt: no se escriben los libros como uno quiere.